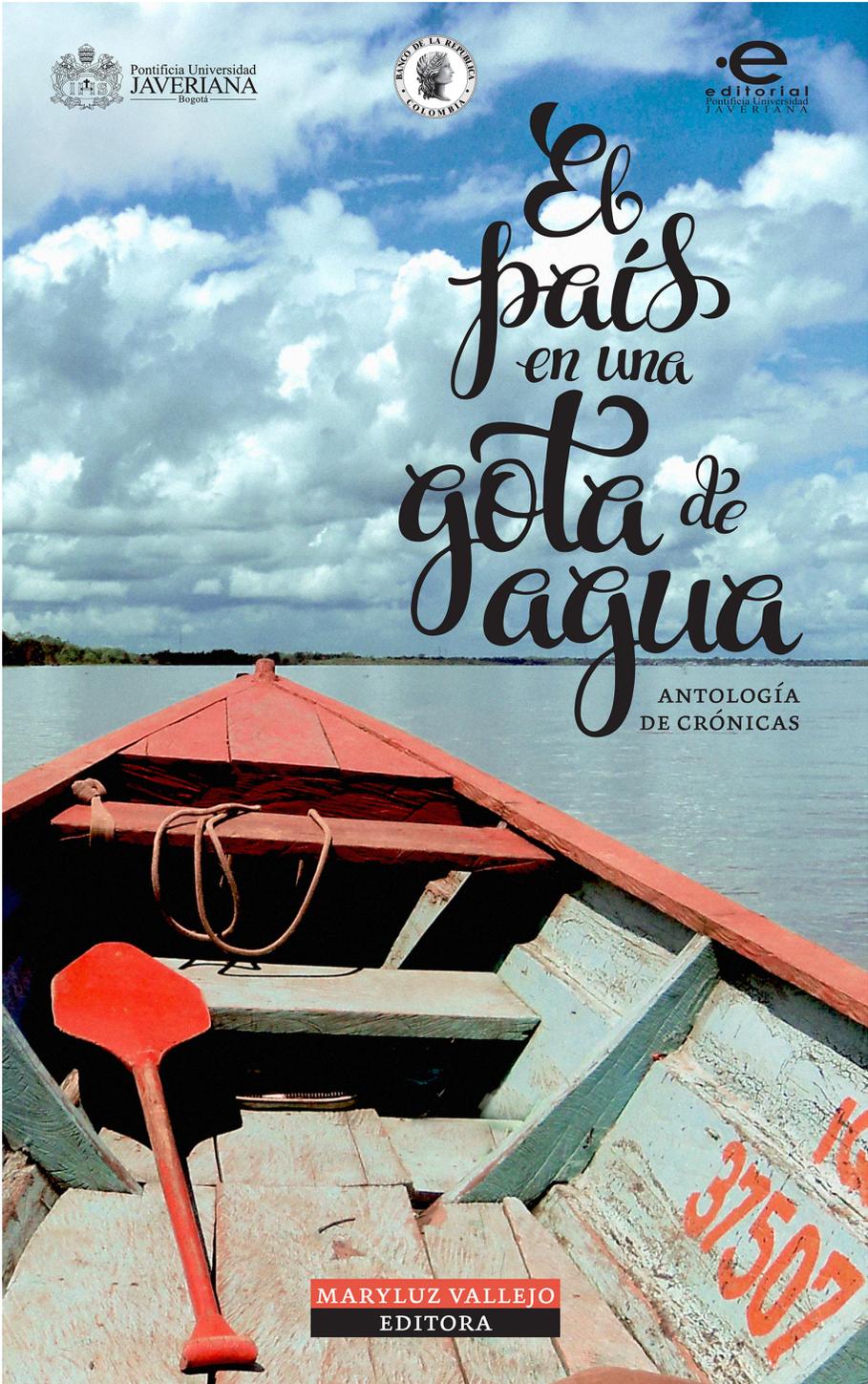




El país en una gota de agua

ANTOLOGÍA
DE CRÓNICAS

MARYLUZ VALLEJO
EDITORA



Índice

Dedicatoria	5
Prólogo	5
Memorias	19
Clásico Guanebucán: competencia extrema de natación	19
Pesca de recuerdos	23
El diluvio que casi inunda a Bello	27
La piscina de Quilichao	35
Yaku Pacha (mundo acuático)	41
¡El minuto más largo de mi vida!	46
Santa María, santificado sea tu río	49
La muerte del cueche	53
Memorias aguadas de los abuelos	59
Humedal El Limonar	65
“Se nos inundó hasta el alma”	73
¡Corran, corran, que ahí viene!	82
La espera de Bienvenido	84
Los primeros baños públicos florentinos	88
Los antiguos pozos de Leticia	95
Cuando el agua corría libremente	100
La quebrada tragabalones	104
Incendio en el río Amazonas	109
Y el río Quinamayó tenía sardinas	116
Los espíritus guardianes del agua	119
Las vidas que remolcan los ríos	129
Buscando el río nos quedamos en la carretera	133
Tragedia en “Cielo roto”	137
El río del cacique Chicamocha	140
Tres territorios del agua	145
Muerte al sureste de la ciudad	152
El rastro del agua en Bucaramanga	163
¡Corre a la frontera!	172
El eco de una gota	175
La lluvia: bacanería y tragedia	177
La Honda ya no es honda	181

El río Frío que me quitó la calentura	182
La noche del fin del mundo	187
Descubriendo mis raíces	192
Carritos de rodillos	195
Lugares	199
Un día en Quibdó	199
Las dos caras del agua en la Alta Guajira	203
La escuela que camina	208
Las Flores, entre el río y el mar	215
Cuando el padre nos “alaga”	222
La Florida	225
Maicao tiene sed	232
Cincuenta años de “represión”	235
Un caldo de curito en el puerto de Cabuyaro	238
Las piscinas naturales de los niños de Neiva	243
Bautizo en Iguaque	247
Café entre piscinas y jacuzzis	251
La muerte del “Magolo”	257
La caverna que se está tragando un barrio	261
La conquista del paraíso	269
Un viaje a la reserva forestal de Río Blanco	273
El agua que cura y el agua que enferma	280
Una “limpieza” en el Pance	286
El agua de Xerira	290
Hunzahúa: pozo de amor y pecado	296
La mano de quebradas	301
La vuelta al cráter del Puracé	303
Señales de asfixia en la Garganta de las Iguanas	308
Una laguna en medio del desierto	315
Personajes	319
“Yo nací en una alcantarilla”	319
Los muertos del río Sinú	325
“En agua se formó y en agua lloriqueó”	327
El dueño del lavadero de guadua	334
Lavar ropa en piedra de agua	339
La doble sed	346

Los superhéroes inmundos	351
Más que una tradición ribereña	355
El “Quijote” que trajo La Esperanza	357
“Esa cañada la hicimos nosotros”	364
El narrador del río Medellín	374
El temible diablo llamado arroyo	376
El séptimo mayordomo	380
Tras la tortuga pímpano	386

El país en una gota de agua.

Antología de crónicas

© Banco de la República de Colombia

© Pontificia Universidad Javeriana

© Maryluz Vallejo, editora

Primera edición: Bogotá D. C.,

noviembre de 2016

ISBN digital: 978-958-716-961-4

Hecho en Colombia

Made in Colombia

Editorial Pontificia Universidad Javeriana

Carrera 7.^a n.º 37-25, oficina 1301

Edificio Lutaima

Teléfono: 3208320, ext. 4752

www.javeriana.edu.co/editorial

Bogotá, D. C.

Corrección de estilo:

Lorena María Iglesias Meléndez

Diseño:

Andrés Conrado Montoya Acosta

Sonia Amparo Rodríguez Rodríguez

Pontificia Universidad Javeriana | vigilada Mineducación. Reconocimiento como Universidad: Decreto 1297 del 30 de mayo de 1964. Reconocimiento de personería jurídica: Resolución 73 del 12 de diciembre de 1933 del Ministerio de Gobierno.

Dedicatoria

A la memoria de Consuelo Sandoval, entusiasta educadora y ambientalista que participó en el taller de crónicas realizado en el Banco de la República, en Bucaramanga, y murió víctima de la delincuencia común en julio de 2013 sin ver este libro publicado.

Prólogo

Río revuelto, ganancia de cronistas

El cronista, gracias a su destreza para atrapar los detalles reveladores, logra meter el mar en una gota de agua. De igual forma, en este libro fluye el patrimonio húmedo del país, narrado por cronistas que recrean sus memorias, usos cotidianos y relaciones sagradas y profanas con el agua.

Esta compilación de crónicas, resultado del programa Talleres de Crónica Memorias del Agua, auspiciado por el Banco de la República bajo la coordinación académica de la Pontificia Universidad Javeriana, pretende contar una historia inédita del país inspirada por el agua. Si bien existen historias institucionales sobre las empresas de acueducto de distintas regiones del país, narraciones científicas sobre el patrimonio hídrico de las regiones y noticias dramáticas sobre inundaciones, sequías y otros eventos catastróficos que registran con regularidad los medios de comunicación, no existía este gran relato armado con las voces de la gente común, portadora de una tradición oral incontaminada. Aquí los cronistas son los ciudadanos, a quienes los talleristas enseñamos los rudimentos del periodismo narrativo y, particularmente, de la crónica periodística, para que pudieran contar sus historias con fluidez. *Río de inmensas voces... y otras voces*, diríamos, parodiando el libro del fallecido escritor Arturo Alape.

Esa fue la dinámica que desarrollamos entre los años 2011 y 2012, en veintiún centros culturales del Banco de la República, con el fin de publicar esta memoria. Con este proyecto nacional replicamos la experiencia de los primeros Talleres de Crónicas Memorias del Agua que se realizaron en Bogotá en 2010. De estos surgió un libro digital que está disponible en el portal del Banco de la República (<http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/memorias-del-agua>).

Las setenta y cuatro crónicas seleccionadas para este libro permitieron concluir que, en el nuevo milenio, en varias capitales y cabeceras municipales del país, hay miles de personas que libran una batalla diaria por acceder a este recurso básico.

Estos talleres propiciaron un estimulante diálogo entre culturas regionales, generaciones, oficios, saberes, disciplinas y miradas al agua en medio de la diversidad territorial. La mayoría de los participantes jamás había escrito una crónica, y los que tenían experiencia con la escritura no habían experimentado con ese género. Otros comprendieron la desaprovechada cercanía entre la historia y el periodismo, el periodismo y la literatura. En los talleres aprendieron a encontrar su propia voz y a recoger las voces de otros para lograr esa polifonía que pide el género.

La crónica, género de inmersión

El género de la crónica se presta para narrar pequeñas historias infraordinarias —como diría Georges Perec—, cargadas de simbolismo y significación; también sirve para narrar historias épicas, extraordinarias, que le suceden a gente común y corriente. Los aprendices de cronistas dejaron fragmentos autobiográficos en sus crónicas, preñadas de voces familiares y amigas. La idea era recuperar la memoria individual y colectiva valiéndose de todos los recursos: los recuerdos propios y ajenos, los archivos de prensa, los documentos oficiales, los mapas, las imágenes y todas las fuentes que aportaran datos exactos, como lo pide el género periodístico. La fotografía es fiel correlato de estas historias y recordamos aquí al fotógrafo Jesús Abad Colorado, a quien una de las fotos que más lo ha impactado en la vida es la del sepelio de un niño en Nechí, Antioquia, que se cayó de la cama y, como la casa estaba inundada, se ahogó.

En la primera experiencia de las Memorias del Agua de Bogotá, se trabajó la crónica en tres modalidades: de personajes, lugares y acontecimientos. Esta clasificación ha funcionado para seguir narrando las regiones, con una exploración particular en la memoria individual y colectiva. Vemos personajes en sus oficios relacionados con el agua, como los vendedores de agua (en chazas, carros de rodillos, zorras, mototaxis), los pescadores, las lavanderas, los guardapáramos, los areneros, los constructores de aljibes, los “cogedores” de goteras, los fontaneros, los profesores de natación, los piscineros, los líderes

ambientales, los pastores que en La Guajira tienen que recorrer kilómetros para dar de beber a sus animales y los lecheros que viven del agua blanca.

Están los lugares del agua, en las ciudades y en el campo (ríos, quebradas, piscinas, baños públicos, pozos, aljibes, fuentes, acueductos, lavaderos, páramos, humedales), y los acontecimientos protagonizados por el agua que marcan y marcaron la vida de esas ciudades, pueblos y veredas (rituales, celebraciones, inundaciones, conflictos). La mitología es otra fuente de la que sorben muchas de las crónicas sobre el agua, en cuanto que cada región tiene sus leyendas, supersticiones, creencias y dioses del agua: relatos fundacionales de los ancestros indígenas con sus poéticas cosmogonías, que retoman sus descendientes wayuu y pastos en varias de las piezas aquí recogidas.

En el sentido literal de la palabra, los neocronistas utilizan “fuentes” en la reportería. Mientras los jóvenes buscan las voces de los mayores para reconstruir historias que no vivieron, los adultos rebobinan sus recuerdos. Así cumplen con el proceso de inmersión en el tema hasta hundirse en ese hondo pozo de la memoria para emerger con historias insospechadas de sus ciudades y pueblos, contadas desde los hechos festivos y conflictivos relacionados con “el precioso líquido”, lugar común de estos relatos, cuyo “tubo madre” conductor es el testimonio, la autobiografía, la memoria individual que, multiplicada, se vuelve colectiva y crea vínculos de identidad y de solidaridad.

La fuerza de estas crónicas está en las vivencias de los autores por lo que entramos en terrenos de la microhistoria. De igual forma, se aprovecha el potencial del género periodístico más ligado a la mirada subjetiva, a la observación, al detalle revelador, al paso del tiempo, al suspenso, al diálogo, al toque de humor y al estilo literario: la crónica. Aquí se reconstruyen sucesos y se recomponen pequeños mundos del agua ignorados por quienes no los habitan.

Asimismo, estas crónicas exploran la identidad barrial en el perímetro urbano de la memoria, sea en pequeños pueblos o en grandes ciudades. En honor a la paradoja, se podría decir que en los barrios más pobres, las historias sobre el agua son más ricas, lo que da cuenta de una historia comunal de lucha y de supervivencia. Para los pobres que atesoran cada gota de agua lluvia porque no cuentan con servicio de acueducto o no pueden pagar las facturas, la lluvia pasa de ser el recurso natural máspreciado al más temido; el enemigo impredecible que arrasa con todo y produce invariablemente, con cada temporada invernal, imágenes desoladoras. Aunque algunos pueblos

terminan por adaptarse a la predestinación pluvial, como Quibdó, donde lo de tomarse la vida como “ver llover” es un hecho cumplido a diario: en medio de la pobreza absoluta, la reciben gozosos. En el barrio Venecia de Pasto, que invariablemente se anega, los habitantes se acostumbraron a calzar las botas pantaneras desde niños. En cambio, la gente de Maicao no ha podido acostumbrarse a que hasta el tinto les sepa a sal por la perenne falta de agua potable.

Historias repetidas son las de las ciudades y pueblos sin agua, sometidos a largas vedas, muchas veces por culpa de las empresas de acueducto o por desastres naturales. En la memoria de los noveles cronistas está la imborrable pesadilla de los días y hasta semanas que pasaron sin agua, por ejemplo, ese 3 de junio de 1987, cuando Pereira comenzó un viacrucis de once días sin agua porque una borrasca se llevó la bocatoma del acueducto. En esas circunstancias, los carrotanques hacen las veces de deus ex máchina cuando llegan a auxiliar a lo sedientos damnificados. Ricos y pobres se igualan esperando que les llenen sus baldes y recipientes, como ocurrió en la emergencia de 2011 en Manizales, por ineficiencia de la empresa prestadora del servicio.

Al hablar de un país de contrastes y de absurdos, el recurso de la paradoja cifra el esquema narrativo de numerosas crónicas. Hay historias de municipios asentados en ricas cuencas hidrográficas que no cuentan con acueducto, como la vereda Piedras Blancas (corregimiento de Santa Helena del municipio de Medellín), donde apenas en 2010 sus habitantes empezaron a tomar agua potable, pese a que la represa de Piedras Blancas ha surtido durante más de cincuenta años a la capital antioqueña. O condominios de estratos altos, como La Mesa de los Santos en Santander, que carecen de agua tratada. En el río Zulia, Risaralda, hay una isla de la Fantasía que desaparece con cada crecida; y en Leticia hay otra Isla de la Fantasía, castigada por el río Amazonas en cada ola invernal. En la Alta Guajira, los asaltantes de los caminos no buscan bolsos con dinero sino bolsas de agua, o gente para desvarar un carro enterrado en el barro, según la estación del año. En una casa campestre de las afueras de Popayán, reemplazaron la lavadora eléctrica por el lavadero en piedra de río para aprovechar un nacimiento de agua. Y en Leticia, décadas atrás, un barco se incendió ante la mirada de propios y extraños, como el poeta ruso Evtuschenco, quien se encontraba de visita y dejó un bello poema sobre este “infierno” en el río, que recuerda un escritor local.

Los cronistas del agua

Los cronistas de Indias fueron los primeros en narrar su asombro ante los incontables ríos del nuevo territorio conquistado. Cristóbal Colón lo hizo con el famoso *Diario de a bordo*, en el que describe de manera pormenorizada sus impresiones de las Antillas; Cristóbal de Acuña y Gaspar de Salazar escribieron los relatos fundacionales sobre la exploración del río Amazonas.

Desde el siglo XIX, los cuadros de costumbres y las crónicas de los viajeros están pasadas por agua, con abundantes alusiones a los usos, oficios y costumbres. Por eso, la fuente de inspiración de este proyecto fueron los cronistas de costumbres, pasando por los modernistas de comienzos del siglo XX hasta llegar a los cronistas de los años cuarenta y cincuenta, época de oro en nuestra rica tradición. José Joaquín Jiménez, *Ximénez*, tiene una serie de cinco crónicas sobre el río Magdalena, que publicó en *El Tiempo* en 1941. García Márquez escribió el famoso *Relato de un naufrago* y narró los aguaceros apocalípticos de Bogotá en sus crónicas “cachacas”. Pero su pieza memorable en esta temática es “Caracas sin agua”, donde el protagonista termina afeitándose con jugo de durazno en medio de una sequía abrasadora.

Desde los años cincuenta, los cronistas acompañaron la construcción de las grandes centrales hidroeléctricas, como la de Riogrande en Antioquia, que abrían las compuertas de la civilización; también elogiaban los balnearios turísticos a orillas del río Magdalena, los de aguas termales en Boyacá y Cundinamarca, y los puertos que otrora estuvieron de moda, como Puerto Colombia y Honda. A comienzos de los años sesenta, en su serie de *Los Municipios olvidados de Colombia*, Marco Tulio Rodríguez narró por primera vez el drama de la Colombia profunda. Diagnosticó los problemas de más de treinta municipios perdidos en el mapa, entre ellos, Dibulla, en el sur de La Guajira, donde el mar de leva se fue comiendo las calles del pueblo e invadiendo las casas. Habla de La Vigía, en la costa nariñense del Pacífico, “una población de tiempos remotos donde abundan las leyendas de marineros, de fantasmas, de sirenas y de hazañas navales”. Y así, de cada uno de los municipios levanta un memorial de agravios, que comienza por la falta de acueducto y alcantarillado.

Ahora bien, no todo es drama en esas historias. Valga recordar al maestro Gonzalo Arango, quien en su serie “Gonzalo el Simbad I, II y III”, publicada

en la revista *Cromos* en 1968¹, recoge una especie de diario de abordaje cuyo eje narrativo es el eterno mareo que no le permite al poeta descender del barco de la Armada Nacional ni disfrutar del paisaje; escasamente retratar con desmayada maldad a sus compañeros de ruta en ese viaje por el “apocalíptico” mar Caribe.

En 1981, en la primera excursión de La Caracola (alianza entre *El Espectador* y *Caracol*) para narrar las condiciones de vida de los pueblos ribereños del Magdalena y hacer campaña por la navegabilidad del río, resuena la voz caribeña y chispeante de Juan Gossaín narrando historias casi surreales de estos poblados. La crónica “¡Se extingue el sábalo!”² tiene este remarcable arranque:

El Japón solo cuenta con 150 habitantes, mientras que Estados Unidos no tiene acueducto ni luz. Son cosas del río Magdalena, naturalmente, que en medio de tantas desgracias se ha acostumbrado a una curiosa forma del sentido del humor: la de ponerle a sus pueblos nombres estafalarios.

El Japón de que estoy hablando, por ejemplo, no es el Japón de los japoneses que fabrican radios y toman fotografías, sino un humilde caserío perdido al sur de Bolívar. Allí vive un puñado de pescadores.

Estados Unidos, en este caso, es un rancherío escondido en un recodo del río, en la frontera entre el Cesar y Bolívar. Sus habitantes son leñadores. Mejor dicho: eran. Ahora ya no tienen árbol para matar, no les queda nada.

En *Perdido en el Amazonas*, Germán Castro Caycedo documenta su travesía por el río Caquetá, pasando por Leticia y La Pedrera, otros puertos olvidados de la frontera. Y Alfredo Molano, en *Apaporis, viaje a la última selva* (2002), cuenta el recorrido que realizó a comienzos del nuevo milenio por este río, a cuyos maravillosos chorros y cascadas solo se llega con autorización. “Hombre de ligeras canoas por los ríos salvajes”, llamó William Ospina a este viajero incansable de nuestra geografía, echando mano del verso de Aurelio Arturo.

Por ventura, los dolientes de la hidrografía colombiana se renuevan en cada

¹ *Antología de reportajes de Gonzalo Arango*, vol.2, Universidad de Antioquia, pp.208-230.

² *El Espectador*, 8 de abril de 1981.

generación. Es así como, cíclicamente, medios de comunicación o periodistas independientes realizan el recorrido por *el río grande de La Magdalena*, como lo hizo el periodista y profesor Juan Gonzalo Betancur, entre julio y diciembre de 2014, que elabora una gran crónica transmedia de viaje sobre la realidad del río y la vida cotidiana en sus poblaciones ribereñas y que se puede consultar en <http://www.bajandoelmagdalena.com/que-es/>.

Cartografía del agua

Como es natural, las crónicas de río se vuelven crónicas de viaje porque el autor se embarca en un punto y termina en otro, mientras describe los pueblos y puertos a los que arriba y recoge las voces de sus personajes “ancla”. En esta antología hay varias crónicas de ese calado, como la que narra la aventura de ocho días en bote por el río Magdalena, desde San Agustín hasta Neiva, en la que el cronista comparte la bitácora del viaje en tono de denuncia por los altos niveles de contaminación del “Magolo”. Una cronista de la etnia yucuna reconstruye un viaje de infancia desde el río Caquetá hasta el Mirití, y su paso por lugares míticos.

Así como en las crónicas de Bogotá el río Tunjuelo fue protagonista, en varias ciudades del país los ríos tutelares —Magdalena, Atrato, Cauca y Amazonas— canalizan las historias. También aparecen ríos con nombres sonoros que hacen parte del paisaje cotidiano: Ejido en Popayán; río Hacha y Caraparaná en Florencia, los ríos Chapal y Mijitayo en Pasto; Quilichao y Quinamayó en Cauca; la quebrada Yahuaraca en Leticia, arroyo de Kuttirramana en la Alta Guajira, etc. De igual modo, en esta cartografía del agua de las regiones figuran los nevados, los páramos, los humedales, las quebradas, las cascadas, los “ojos de agua” y, cómo no, las piscinas y lagos artificiales que propician una relación lúdica con el agua.

Aunque en las ciudades pequeñas y medianas, las obras de progreso y de modernización han ido acabando con santuarios naturales, usos y tradiciones en torno al agua —como ocurrió con la vereda de La Florida, en el departamento de Caldas, ahora loteada para condominios, como lo denuncia un cronista con tono nostálgico—, subsisten lavaderos públicos, baños termales, pilas y pozos, que todavía prestan servicio; también persisten creencias y rituales, sobre todo en las regiones de mayor presencia indígena. En Armenia, cincuenta y cuatro quebradas (“una mano de quebradas”) han sobrevivido a las canalizaciones,

los rellenos de las construcciones, las desecaciones y las desviaciones porque hace quince años fueron declaradas zonas de conservación.

En Riohacha es campeona la crónica sobre el Clásico Guanebucán, competencia extrema de natación, que se realizó por primera vez en mayo de 1991 y reunió a veintitrés “lobos marinos”, de la que da cuenta un indígena con músculo de narrador. En Tunja, un joven narra la historia de un universitario que salió de su urbanización Los Muiscas con rumbo a la laguna de Iguaque, donde recibió el bautizo ceremonial con entrega de pagamentos a la madre Bachué y el padre Iguaque.

En el taller de Pasto tuvimos invitado a un cronista que se jubiló como corresponsal de *El Tiempo*, Edison Parra Garzón, quien hace más de veinte años escribió una crónica titulada “El río de la muerte”. En ella cuenta la historia del cólera que propagaron las aguas del Guáitara por la ancestral costumbre de lavar los cadáveres con agua del río. Del primer velorio, en la comunidad indígena de San Juan de Mayasquer, una escalada de muertos siguió al difunto velado, y alcanzó a otras catorce poblaciones ribereñas hasta cruzar la frontera con Ecuador. Otra cronista pastusa recuerda las leyendas y supersticiones en torno al “cueche”, como llaman allí al arcoíris.

En Ipiales, el líder indígena Aldemar Ruano narra la cosmogonía de los pastos en relación con el agua y sus usos medicinales, así como la preparación de la chicha y el champús; y otro joven pasto recrea la tradición oral en torno a los espíritus guardianes. En general, los asistentes oriundos de pueblos y veredas aluden a las mingas que hicieron padres, familiares y conocidos para construir los acueductos vecinales.

Siguiendo con las creencias y prácticas tradicionales, en Cali salieron temas como los rituales de sanación y brujería que se hacen en el río Pance. En un pueblo del Chocó se organiza una procesión nocturna a la Virgen de las Mercedes en el río Atrato, realizada por los cánticos y el flamear de las velas. Y en Buenaventura las parteras realizan partos en agua de río, siguiendo una tradición ancestral del Pacífico.

Entre las crónicas de reconstrucción histórica están las de ciudades que todavía conservan el linaje colonial, como Pasto, Popayán y Honda, con sus puentes y pilas de piedra. En varias crónicas se recuerdan los primeros medios de suministro del agua: pilas, chorros, pozos y el típico acueducto de las “Tres Bes”: Bobo, Barril y Burro. En Bucaramanga, una autora reconstruye la

historia del acueducto de la ciudad, que comenzó en 1916 en las famosas Chorreras de Don Juan, hasta que un sacerdote promovió la creación de la empresa de acueducto y puso como penitencia a los fieles comprar acciones de la compañía. Una cronista paisa recuerda su infancia en Barrancabermeja, llamada “Ciudad entre aguas”, por estar rodeada de ciénagas, quebradas y del Río Magdalena, pero sobre todo de caños negros debido a los vertimientos de petróleo. En Florencia, Caquetá, encontramos el relato de los primeros baños públicos florentinos.

Entre las tragedias naturales abundan las inundaciones: la del municipio de Bello (Antioquia), en 2005, causada por la quebrada El Barro; la de 1999 en Florencia; el terremoto y el tsunami de Tumaco, ocurrido el 12 de diciembre de 1979, y narrado por dos sobrevivientes; los estragos del tsunami en Buenaventura; la avalancha del río Frío en Floridablanca (Santander), ocurrida en 1997. También están las tragedias anunciadas, como la del barrio Villa Lucía, en el centro de Pasto, cuyas casas se está tragando una caverna, que sesenta años atrás fue una mina de arena; o la escuela de una vereda del municipio de Lebrija, en el Cauca, que se está desplazando debido a una falla geológica, sin que las autoridades hayan ordenado el traslado. Y no podían faltar los arroyos, que en Barranquilla son regulares y arrolladores, tanto, que en una tarde de taller varios participantes no alcanzaron a llegar porque se los impidió el arroyo llamado Felicidad; y al otro día el diario local tituló que “un ángel” había salvado a una señora de morir ahogada. Ángeles que abundan como los cronistas en este puerto caribeño de rica tradición oral.

Algunos autores se tomaron literalmente lo de la crónica como género de inmersión: un realizador audiovisual de Armenia se adentra en los intestinos del acueducto con don Leo Gómez, un empleado responsable de limpiar las alcantarillas desde hace quince años. Como a este buzo de mares de podredumbre, se le rinde homenaje a otros personajes, por ejemplo, al médico propietario de un barco-hospital que desde hace más de veinte años presta atención sanitaria a los habitantes de pueblos del Pacífico excluidos del servicio de salud. A Roberto Chavarro Chavarro, un hacedor de bosques, que en treinta años transformó un terreno árido en una reserva ambiental, Rogitama, en el departamento de Boyacá. En Armenia se reconoce la labor de Camilo Lozano, profesor de natación en el Club Campestre durante cincuenta años. Y por una cronista de Riohacha sabemos de las desventuras de Otoniel Quintero, pescador del corregimiento de El Contento, Cesar, desde hace cuarenta años, y que vive aburrido porque ya solo atrapa taruyas (ramales) en las aguas del

Magdalena.

De los relatos épicos que narran hazañas de líderes ambientales por recuperar humedales, ríos y quebradas, tenemos la historia caleña del humedal El Limonar sobre el cual se construyó el polideportivo de un conjunto de interés social; luego, sus habitantes recuperaron parte del cuerpo de agua en una lucha a brazo partido. Y la reserva forestal de Río Blanco, en el municipio de Caldas, con un doliente que la habita y la protege: Germán Ríos, comprometido desde su apellido.

Sobre los ríos, camposantos en movimiento, hay numerosas historias en nuestra literatura periodística, como la de Juan Miguel Álvarez, periodista pereirano, que se titula “El remanso de Beltrán”³ y da cuenta del “trágico equipaje” que arrastra el río Cauca. El río Sinú, como cuenta una cronista monteriana, sirve de tumba natural a personas asesinadas y ahogadas, como lo testimonian los areneros que allí trabajan. Una cronista de Bucaramanga rememora cómo tiraron los muertos de la llamada batalla Gallinera en la guerra de los Mil Días al río Chicamocha; tantos, que liberales y conservadores aumentaron su caudal.

En el taller de Medellín tuvimos un momento conmovedor cuando la invitada, Patricia Nieto, cronista que se ha dedicado a narrar la vida de las víctimas del conflicto armado y que estaba presentando su libro *Los escogidos*, habló sobre el sepulturero del cementerio de Puerto Berrío, quien durante años ha recogido los cadáveres que pasan flotando por el río Magdalena y los entierra en el pabellón de los NN de ese camposanto, epicentro de un particular culto en el que los parroquianos eligen su ánima y le rezan para que les haga milagros. De repente, la interrumpió una de las asistentes, que conocía al sepulturero porque había cuidado y rezado los restos de su joven hijo, asesinado en esa zona años atrás.

Rompiendo con las bucólicas imágenes de postal, del Quindío salió una crónica sobre la proliferación de piscinas y jacuzzis que le restan encanto al paisaje cafetero y lo ponen a competir con Melgar; y de Santander, la historia de una señora que sembró agua en su casa, como si se tratara de lechugas. ¡Y le dio frutos!

Este mapeo del agua nos llevó por los ríos más desconocidos, como esos pueblos que solo conocemos por gracia y desgracia de las masacres paramilitares, de

³http://www.elmalpensante.com/articulo/828/el_remanso_de_beltran

las tomas guerrilleras o de las tragedias naturales. En el Meta hay un caño que se llama Carnicerías; en Tunja, el pozo de Donato del que existía la creencia de que no tenía fondo y se conectaba con la catedral (incluso existe un dicho popular, “cayó al pozo de Donato”, haciendo alusión a una deuda impaga). Y en el río Las Tinajas, de Popayán, circulan historias de suicidas, desaparecidos y fantasmas, como lo narra un cronista en el tenebroso recorrido.

También las crónicas arriban a los puertos más y menos conocidos del país para reconocer la cultura porteña: Puerto Boyacá, Puerto Barrigón, Puerto Lleras, Puerto Alvira, Puerto Olvido, Puerto Melancolía, Puerto Porfía, Puerto Bogotá, Leticia, Buenaventura, Puerto Nariño, Puerto Colombia, Puerto de Cabuyaro, etc. Y ofrecen inventarios insospechados de peces de agua dulce y salada, como el pirarucú, del río Amazonas, y otros poco conocidos como el nicuro, el getudo, el barbudo; o los típicos de cada región: cachama, amarillo, cupis, curito (llamado el viagra llanero en Venezuela); cuchas (que en Florencia también conocen como las *jetiblanditas*); lisetas (que tienen fama de comerse los muertos del río Sinú); guabinos, nicuos y roños, entre una lista interminable de seres escamosos.

A propósito de la pesca, emergen verbos como *choquiar*: agarrar a mano pequeños pescados (choques); descamar, desviscerar, *anzueliar*... Los cronistas documentan los más diversos sistemas de pesca, desde la tradicional —con vara de monte y anzuelo—, hasta la pesca con perol y alambre dulce, con machete, con costal de fique y tabla, con barbacoas (armadas con caña de castilla, que se enterraban en el río formando un ángulo y allí quedaban atrapados los pescados) hasta las redes comunes o atarrayas. Igualmente, rememoran el cable hecho con cabuya para cruzar un río como el Chicamocha, y las tarabitas de fabricación casera y canastas para cargar a las personas (con la condición de que el pasajero no haya comido antes).

Asimismo quedó inventariada la flora y fauna de cada región, como parte del patrimonio húmedo. En el Cauca hay un arbusto llamado nacedero, pues casi siempre brota agua en donde está plantado, y en Santander siembran el rascador, una planta que es pura agua. Una cronista de Armenia le siguió el rastro a la *chelybra serpentina* en el río Los Ángeles, una tortuga en extinción popularmente conocida como pímpano, cuya carne es muy apetecida. Un líder ambiental santandereano le da protagonismo a las iguanas del cañón del Chicamocha, que avistó en el río Sogamoso; de La Guajira nos presentan el colibrí gigante y los patos migratorios, *yawaas*; y del Amazonas el bugeo

colorado, o sea, el delfín rosado, todos en peligro de desaparecer. Una cronista recuerda los ponches que conoció en la ciénaga de San Silvestre (Santander), roedores gigantes también llamados lanchos y capibaras. Y, según la creencia de los indígenas pastos, las golondrinas avisan que viene el agua.

Nostálgicas son las crónicas de oficios en extinción. En Itagüí, los “aguateritos” transportaban el agua en carros de rodillos para surtir las casas de los habitantes de este municipio antioqueño, donde la industria textilera contaminó las cuencas hidrográficas. Los aguateros ya solo quedan en la memoria: un niño pastuso —el autor más joven de este libro— cuenta que, al tirar de la lengua de su abuelo, descubrió que su tatarabuela era aguatera en un pueblo de Nariño.

Como cada región tiene sus propios usos del lenguaje, varias crónicas disponen de glosario. Lo que en unas partes se llama cántaro, tinaja, vasija, múcura, en otras se conoce como timbo, túbulo, pondo, pangua, calabazo, etc. Los lagos son “ojos de agua” en Nariño y el arcoíris es el “cueche”; cuando el río Amazonas sube su caudal, los pueblos se “alagan”, o sea, se inundan. El chingue y la chinga son usos arcaicos de los trajes de baño, que todavía se estilan. Los pozos son conocidos como “casimbas” en el Amazonas y en La Guajira, donde también disponen de los jayüeyes.

Las bebidas tradicionales con base en agua son otro tema de crónicas con marca regional: en Nariño los hervidos suben el termostato con sus mezclas de frutas y aguardiente; la chicha está presente en los pueblos cundiboyacenses y se clasifica según el nivel de fermentación. Y una cronista visitó la vieja fábrica de cerveza Clausen, fundada en 1887 por el danés Christian Peter Clausen, quien aprovechó las aguas puras de la quebrada La Carbonara, en Floridablanca (Santander).

Lugares comunes de estas crónicas son las tragedias invernales por causa de la imprudencia de los pobladores, la corrupción y la ausencia del Estado; las luchas épicas por acceder al servicio del agua cuando se habitan barrios ilegales o se vive en zonas desérticas; los movimientos sociales en contra de la explotación minera de ríos y páramos; la nostalgia por los paseos al río con amigos y familiares; las rogativas para que caiga agua o para que cese el invierno; las fiestas del agua que en Nariño se celebran echándose baldados de agua el 28 de diciembre; en Buenaventura, con el festival de Aguas Negras de Negro Bonito, y en Caldas, municipio antioqueño mejor conocido como “Cielo roto”, se celebran las fiestas del aguacero, a pesar de que no faltan las

tragedias por desbordamientos de sus quebradas, como ocurrió en 2009, con Mandalay y la Chuscala.

En la realización de este proyecto, comprendimos que así como somos descendientes de culturas del agua, en un futuro no muy lejano nos trezaremos en conflictos y guerras por este recurso. Cuando la Carta Constitucional de 1991 declaró el derecho de todos al agua, organizaciones ciudadanas intentaron sacar a flote un referendo por el agua, pero han fracasado en varios intentos. Para muchos, la promesa del agua potable es lo más parecido a la de pavimentar el río Magdalena que hizo el doctor Goyeneche, folclórico candidato presidencial de Bogotá. Para un puñado de soñadores, activistas de la causa, los talleres se volvieron una posibilidad de denunciar atropellos mediante historias bien contadas; de documentar la historia local y de seguirse encontrando en este espacio que les abrió el Banco de la República, como ocurrió en Bucaramanga, Medellín y Popayán.

En todas las ciudades donde se realizaron los talleres hubo ambiente de camaradería y vínculos de amistad entre asistentes y talleristas, porque solo así podía funcionar un programa de estas características, de convocatoria abierta y sin costo, que tras dos sesiones intensas de fin de semana buscaba resultados tangibles para verter en un libro. Gracias al entusiasmo que le pusieron los talleristas Simón Posada y Andrés Jácome, periodistas con espíritu docente, que se comprometieron a fondo con su labor y lograron poner una agenda creativa del agua, coronamos este proyecto. Por mi parte, estuve en diez sucursales donde me sentí acogida, descubrí viejos y nuevos cronistas regionales y tuve la satisfacción de ver que los temas salieron como con regadera, y gran parte de los asistentes terminaron su tarea e incluso siguieron escribiendo y mandando nuevas historias. Valga agregar que Bucaramanga hizo honor a su tradición de narradores locales, porque fue la sede con mayor producción de crónicas.

Quizá a partir de la lectura de estas crónicas, sobre todo los más jóvenes comenzarán a valorar ese patrimonio húmedo —que significa más que la acción automática de abrir el grifo— y los mayores evocarán otras épocas que se les habían evaporado en la memoria, cuando el agua era un medio de subsistencia, conflicto y diversión. Como lo testimonia quien fue cargador de agua en carro de rodillos, en Itagüí, Antioquia: “Tenía tal vez diez años cuando las Empresas Públicas de Medellín pusieron el agua potable. Todos estábamos tan emocionados como si fuera a llegar el hombre a la luna. Juntamos nuestras

cabezas agachados, mirando la canilla del lavadero de mi casa, esperando ver caer el chorro de agua limpia a la hora señalada por el locutor de radio; fue tremendo el grito y la emoción cuando sucedió. Esto fue en 1983”.

Mediante la fuerza de las historias, esta experiencia sirvió para testimoniar que, además de las obras de infraestructura y de la tecnología apropiada por el hombre para proveer el servicio de agua potable, hay valores culturales representados en prácticas, creencias y rituales que contribuyen a afianzar la identidad y que son un legado que se ha transmitido de generación en generación desde nuestros antepasados indígenas. Los participantes terminaron construyendo su propia agenda del agua, tan fascinante como inédita. Sin llover sobre mojado, toda vez que las historias tienen su “nacimiento” en la memoria individual, familiar y colectiva.

La invitación es a zambullirse en estas setenta y cuatro historias narradas por escritores noveles y veteranos, amas de casa, pensionados, maestros, ambientalistas, estudiantes, líderes indígenas; algunas más profundas que otras, pero todas reveladoras de las culturas del agua en veintiún ciudades del país.

El recorrido comienza en Riohacha con los “lobos de mar” que participan en una competencia de natación, y termina en Armenia con la tortuga pímpano, que se encuentra en extinción. La división del libro en tres grandes cuerpos — *Memorias* (acontecimientos de ayer y de hoy), *Lugares* y *Personajes*— obedece al intento de agrupar las historias en esos focos de atención, que también se mezclan; y la mayoría de ellas tienen un componente épico, heroico y regional característico de este rico patrimonio hídrico que también circula de mano en mano en las nuevas monedas del Banco de la República, así como empezará a circular la tradición oral recogida en este libro.

Maryluz Vallejo Mejía

Profesora titular de la Facultad de Comunicación y Lenguaje

Pontificia Universidad Javeriana

Coordinadora Talleres Nacionales de Crónica Memorias del Agua

Banco de la República-Pontificia Universidad Javeriana, 2011-2012

Memorias

Clásico Guanebucán: competencia extrema de natación

Brazada a brazada asistimos a una singular competencia en el mar, frente a la desembocadura del río Ranchería, donde veintitrés lobos de mar recorren más de 5000 metros.

José Gabriel Rosado Padilla (Polaco)⁴

Riohacha



Barca en la desembocadura del río Ranchería

Conmemorado como el Día del Trabajo por los que nunca trabajan, el 1.º de mayo de 1991 se llevó a cabo la primera competencia de natación organizada por el club náutico Guanebucanes de Oro. Esta gozaba del esplendor deportivo que se merecía, aunque el mar, acuario gigante y paraíso para la vida marina, se presentaba como una amenaza para los participantes.

⁴Ingeniero agrónomo, escritor autodidacta. 69 años. Polaco0813@hotmail.com

A las ocho de la mañana los competidores estuvieron en el lugar preciso. Paulina Robles, llamada “La diosa Yosusi” por el amor y cariño que irradiaba hacia el grupo de amigos, fue escogida para pronunciar el discurso protocolario de inauguración del evento. La partida fue la playa de la laguna La Raya, cuyo nombre se debía a la abundancia de peces planos y colas con agujones que inyectan ácido fólico a quienes las pisan y causan un insoportable dolor en la herida. La marea comenzó a subir con la llegada de los vientos alisios.

Con el pronóstico del tiempo en contra, se dio la largada en un mar agitado, de agua fría, a pesar del sol intenso. Los nadadores se despidieron en medio de aplausos regalados por la gente, que había acudido en masa para presenciar el clásico organizado con despliegue propagandístico por la emisora local Ondas de Riohacha y por los periódicos *Causa Guajira* y *El Flechazo*. Todos se consideraban grandes atletas de la natación, pero no conocían las técnicas. El espíritu deportivo y el empuje moral los hicieron olvidar que la competencia era de carácter recreativo y se prepararon para lanzarse a una acción competitiva. Por lo llano del mar, los participantes caminaron ciento cincuenta metros hacia adentro, arrastrando los pies para evitar ser sorprendidos por el aguijón de una raya, mientras el rugido ensordecedor de los motores Johnson y la turbulencia de las hélices indicaban que se habían puesto en movimiento las lanchas salvavidas de la Cruz Roja, la Defensa Civil y la Policía Nacional. Estas ofrecían una revista de juego único, en el patrullaje que hacían por delante, a los lados y detrás de los nadadores.

Veintitrés lobos marinos

La fuerza de la corriente marina y la falta de técnica en esta disciplina permitieron apreciar pronto a los primeros competidores que acusaban cansancio. Rosana Redondo empezó a nadar fuera de curso; los guanebucán la llamaban “Wuit > Püsû ka>I Kai, que traduce “sol azul” en wayuunaiki, y ella había dado muestras de su encanto en el Reinado Nacional de la Belleza en Cartagena. A su lado iba Arnoldo Smith, “Cacique Kapurrains”, hombre de gran respeto. Smith y Redondo nadaban de espaldas, frente a la desembocadura Calancala del río Ranchería. Muy cerca iba “La diosa Yosusi”, con su traje de baño de dos piezas. Un poco más adelante iban seis hombres con camisetas y pantalonetas compradas en el baratillo Todo a Mil.

Los seis hombres a la cabeza de la competencia nadaban de pecho. Su punto

de referencia eran los apartahoteles Las Delicias y Arimaca, que se alzaban intimidantes. Los nadadores sentían que la corriente tendía a llevarlos mar adentro. Las olas se englobaban de manera feroz y alcanzaban alturas de un metro. El agua salpicaba en todas direcciones y hacía espuma. Pero ellos sabían que tampoco era conveniente orientarse un poco hacia la orilla, siguiendo con la vista la punta Loma Amarilla, porque el trayecto parecía más largo. La mejor manera de llegar frente a la desembocadura del Valle de los Cangrejos era mantenerse dentro del grupo y no quedar relegado.

El movimiento de los brazos de Huberto Núñez “Sukurrulu” (pájaro), Chepe Ochoa “Puyui” (tiburón) y Álvaro Rozo “Musharé” (águila) daba cuenta de una entrega rápida y deliberada. Peligraron al acercarse a tres cayucos de indios pescadores. Los wayuu los alertaron, diciéndoles en wayuunaiki y rústico español que se encontraban en una zona de tiburones que hacían pasillo de abastecimiento en el manglar de las desembocaduras del río Ranchería. Lucho Robles, que por su vejez podía ser llamado “Cacique Karremur”, se tomó un tiempo para dominar el miedo y ver que la solución más viable era sesgar el nado hacia la izquierda; desde allí divisaron el imponente edificio Mar Azul y el grupo de personas que desde los pisos altos aplaudía el coraje y valentía de los que sorteaban el peligro. Así, nadaron lo más cerca posible a la línea recta donde se encontraba el agua azul del mar y el agua turbia que arrojaba el “riíto”. A media milla de la punta del muelle, Néstor Gómez “Wurui” (turpial) sabía que para sobrevivir era necesario contar con un buen estado mental, por lo que venía con el peso corporal distribuido sobre la superficie. De pronto, fue sorprendido por un pastelito “anémona de mar”, que con su cuerpo gelatinoso y numerosos tentáculos le roció líquido urticante en el rostro y en los brazos y le dejó negras quemaduras. Desde las lanchas salvavidas escucharon los gritos horrorosos y de inmediato los organismos de socorro acudieron a él. Lo llevaron en la lancha de la Defensa Civil a la orilla de la playa, al lado este del muelle, y de ahí lo trasladaron en ambulancia a la Clínica Riohacha.

Por momentos, algunos perdieron la noción del tiempo y del lugar, porque se encontraban muy afuera del punto de llegada. El legendario líder guanebucán “Gran Cacique Boronata” venía ciego porque no quiso utilizar las gafas de protección. Para Leonel Arredondo “Jashirru” (árbol) la distancia de los 5000 metros no correspondía con el tiempo de recorrido. El movimiento de los brazos y las piernas de Alfredo Ortega “Wuimpunuin” (oriente) hablaba de una entrega lenta y desordenada. Desde el principio, los veintitrés lobos

marinos en acción habían sido informados de que el clásico de la natación era un juego peligroso y debían estar listos para hacer el máximo sacrificio en cualquier momento. Los novatos fueron víctimas de su propio invento y pagaron las consecuencias con el retiro. Para poder sobrevivir al clásico Guanebucán había que ser inteligente. Cumplidos los 5000 metros de recorrido, el calambre de los dedos de las manos y el cansancio de los brazos y las piernas, así como la dificultad para respirar, les hicieron perder ritmo y venían tragando bocanadas de agua salobre que, además, sabía a barro. Varios nadadores resultaron intoxicados y deshidratados por el agua del mar: Macala Vanegas “Cacique Araura Warè” (amigo del desierto); el “Cacique Caremur” o ‘Cacique Kapurrains’, de gran respeto; Pedro Mindiola “Kalaira” (el tigre); Edgard Ferrucho Jr. “Ishool” (pájaro sangre toro); Milton Muñoz “Wuampirai” (sinsonte), Orlando Robles “Warrantui” (caminante), la “diosa Yosusi”, y a ‘Wuit> Tusu Ka>i Kai’ (sol azul). Al ver esta situación, “‘Musharé” (águila), “Sukurrulú” y Boris Pinzón “Tarash” (contento) aprovecharon para lanzarse al ataque.

La multitud entusiasta los seguía y aplaudía a todo lo largo del puente del río Ranchería, la orilla de la playa y el muelle. Los atletas pusieron la mira en la punta del muelle. Se sintieron muy contentos de estar en plena acción, dándose a conocer en público. En el lado oeste del muelle fueron víctimas de un encarnizado enjambre de “aguamalas” (medusas), que con sus filamentos urticantes les hicieron ronchas en los rostros, brazos, pechos y piernas. Con el ataque provocado por los pólipos y el frío del cuerpo, la hermandad de los muchachos comenzó a sentir la pérdida de mucho líquido; la temperatura de los cuerpos amenazaba con bajar. Por los comentarios que se hacían todos los días en la tertulia del brindis del café tinto, se sabía que el objetivo en ese momento era el de llegar rápido a la meta, en la enramada Brisas del Mar, al lado del edificio viejo de la Casa de la Cultura.

A medida que se acercaban, veían que todo el pueblo se había volcado sobre la avenida La Marina para recibirlos como héroes. En un cara a cara, en un codo a codo, en un brazo a brazo y en un cuerpo a cuerpo, Álvaro, Boris y Humberto, en ese orden, arribaron a la playa de Brisas del Mar, bajo una lluvia de aplausos. Al final, brindaron un buen espectáculo. El tiempo del triunfador fue de dos horas y cuarenta y siete minutos. Desorientado, el grupo intermedio llegó diez minutos más tarde. Allí encontraron a “Mushare” (águila), el gran ganador. Tenía el ego inflado porque se dio el honor de destronar al invencible “Tarash”.

Según la cosmovisión de la cultura Guanebucán, los nadadores estaban en la obligación de apreciar y valorar al águila por ser el más fuerte, el más rápido y el más alto. Parecía haber alcanzado la gloria de Filípides, aquel soldado griego que hizo una maratón de 42 kilómetros y 200 metros, desde el campo de batalla hasta Atenas, para llegar a las escalinatas del palacio y decirle en estado de éxtasis al Rey: “Ganamos la batalla”. Todos se sentaron alrededor de una mesa repleta de empanadas de huevo con pescado, chicha de maíz mascao, torrijas de piña y de patilla, guineo maduro, uva, manzana y bolsas de agua helada.

Pesca de recuerdos

El autor evoca una caminata que hizo con su padre por el sendero del río de Oro, rumbo a Chimitá, donde aprendió a pescar con un perol, y los paseos de olla junto al río de Oro, en Girón.

Rafael Antonio Prada Ardila⁵

Bucaramanga

Mi padre miró a lo lejos el valle del río de Oro y, absorto, dejó escapar estas palabras de su boca: “Esta es la tierra en la que me crié, donde aprendí a trabajar, a nadar, a pescar. . . lo que sé, lo aprendí aquí”.

Así fue el comienzo de una caminata que hice en mi infancia con mi padre, Luis Enrique, y mi hermano Pablo. Vivíamos en el barrio Santander, en la escarpa⁶ occidental de Bucaramanga. Un domingo, a mi papá se le antojó que tomáramos un camino que él había recorrido en su infancia y por el cual yo bajaba hasta el río con mis amigos del barrio. Llevábamos una olla y los ingredientes de un sancocho. Del barrio Santander bajamos al barrio Don Bosco y comenzamos el descenso por un camino que parecía sacado de una película de *Indiana Jones*. A nuestra izquierda observábamos el barrio Campohermoso y, a la derecha, un olvidado polvorín militar del barrio La Feria.

“Yo me crié en Chimitá, donde cultivábamos tabaco y yuca. Con mi papá y

⁵Licenciado en idiomas, profesor de inglés y líder de proyectos ambientales, miembro de la Corporación Nómadas. Caminante de 51 años. ralph1803@hotmail.com

⁶Pendiente o declive pronunciado de un terreno.